

UNA TRADUCCIÓN DIECIOCHESCA DEL ARTE DE CONVERSAR DE GUAZZO

Jesús GÓMEZ
Universidad Autónoma de Madrid

Que la traducción al español de *La civil conversazione* de Stefano Guazzo (1530-1593) no se haya compuesto hasta el siglo XVIII resulta más que sintomático. Originalmente publicada en 1574, con una versión definitiva y aumentada en 1579, *La civil conversazione* había alcanzado una repercusión notable como primera obra en lengua romance dedicada por entero al arte de conversar¹. Después de la publicación de la *princeps* italiana se produjo un éxito inmediato porque, además de una treintena de reediciones, todas ellas anteriores a 1631, fue traducida a varias lenguas europeas desde fines del siglo XVI.

Primero se tradujo al francés en dos ocasiones, ambas en 1579, con siete reediciones. Más tarde, se tradujo al inglés, en 1581, con seis reediciones; al alemán, en 1599; al holandés, en 1603, con una reedición de 1606; al checo, en 1621; y, en tres años diferentes, al latín: 1585, 1596 con seis reediciones y 1606, con una reedición. De los datos anteriores, Philippe Guérin concluye que *La*

¹ Entre los antecedentes del modelo italiano, Amedeo Quondam (2007) se refiere a la primacía de los humanistas que escriben en latín (Pontano, *De sermone*) para abordar de manera monográfica la conversación. Las siguientes consideraciones se inscriben en los proyectos de investigación HAR 2015-68946-C3-1-P del Ministerio de Economía y Competitividad y H2015/HUM-3415 de la Comunidad de Madrid/Unión Europea (Fondo Social Europeo), adscritos al Instituto Universitario La Corte en Europa (IULCE).

civil conversazione cayó, tras su éxito inicial, en un olvido casi completo desde la segunda mitad del siglo xvii: «un oubli presque total, dont elle n'est plus sortie qu'épisodiquement, en particulier au siècle dernier, chez les plus avisés des historiens de la culture» (2006: 237)².

Sin embargo, a pesar de ser poco conocida quizá por haber permanecido manuscrita, se conserva en la Biblioteca Nacional una traducción dieciochesca al español atribuida a José Gerardo de Hervás que, según indica el subtítulo del códice, habría sido realizada desde una versión francesa del diálogo italiano³. El mismo traductor explica también en el Prólogo (ff. ii-viii) que había comenzado a traducir *La civil conversazione* a los veinte años para ejercitarse en el aprendizaje de la lengua francesa y que, tan solo cuando tomó la decisión de completar el proyecto, pudo acceder al texto italiano asegurándose de la fidelidad de su traducción: «No pudiendo acabar de creer la desidia de nuestros antepasados, me costaba dificultad el persuadirme a que este libro estuviese por traducir en nuestra lengua» (f. iv)⁴.

Otras referencias internas del Prólogo nos permiten situar su composición durante la primera mitad del siglo xviii, probablemente en la década de los treinta, si bien Hervás falleció hacia 1742, según los datos biográficos que pacientemente ha recopilado Giuseppe Marino en su edición del códice, la única que se ha realizado hasta ahora porque, a pesar de su importancia, la traducción dieciochesca ha permanecido prácticamente olvidada hasta la actualidad entre los fondos de la Biblioteca Nacional sin que los especialistas en la obra de Guazzo hubieran dado noticia de ella⁵. Con independencia de su desconocimiento entre los estudiosos actuales, constituye el esfuerzo del traductor español un notable empeño por difundir durante la temprana Ilustración los ideales de la

² He tenido en cuenta también los datos sobre ediciones y traducciones que aporta Amedeo Quondam (Guazzo 2010: lxxiii-lxxviii), volumen de referencia para la fijación del texto italiano.

³ Se puede consultar en línea el facsímil del códice de la Biblioteca Nacional de España (Mss. 5843) en la Biblioteca Digital Hispánica <bdh.bne.es> con el título: *La conversación civil, escrita en italiano por el señor don Esteban Guazzo gentilhombre del Montferrato, traducida de una copia francesa al idioma castellano por Joseph Gerardo de Hervás, profesor de derechos en la Universidad de Salamanca* (bdh0000006044). Códice por el que cito, de acuerdo con la edición de Giuseppe Marino, el texto de la traducción española modernizando tanto la grafía como la puntuación y acentuación, sin más que indicar entre paréntesis el número de folio (f.) seguido de la abreviatura (v.) cuando se refiere al vuelto.

⁴ La práctica de utilizar traducciones francesas a modo de textos intermedios era frecuente en los siglos xviii y xix, si bien, como precisa Joaquín Rubio Tovar: «un error de interpretación en la versión intermedia se reproduce en la segunda generación, si no hay posibilidad de enmienda y comparación con el original» (2013: 176).

⁵ Por ejemplo, afirma Guérin: «Manquent des éléments précis concernant l'Espagne et plus encore le Portugal, où n'est à ma connaissance recensée aucune traduction» (2006: 238).

civilidad a través de la cultura conversacional que, desde la Italia renacentista, se había extendido por toda Europa.

1.1. EL ARTE DE CONVERSAR

No solo atestigua la traducción española la tardía pervivencia de *La civil conversazione*, sino el renovado interés por el arte mundano de la conversación que se acrecienta y difunde durante el siglo XVIII como cauce privilegiado de la sociabilidad. Además de una forma de entretenimiento, saber conversar había constituido una de las cualidades más apreciadas del ideal de comportamiento que condujo del *gentiluomo* cortesano renacentista al nuevo modelo del *honnête homme* surgido en la Francia del siglo XVII mediante un proceso civilizador que llegó a extenderse fuera de la corte, como ha estudiado Benedetta Craveri, por salones, tertulias y academias alcanzando una difusión dieciochesca en la que desempeña un papel importante Guazzo por haber sido el primero en dedicar una monografía a la cultura de la conversación: «Elevada pronto al estatus de rito central de sociabilidad mundana, alimentada de la literatura curiosa de todo, la conversación se fue abriendo progresivamente a la introspección, a la historia, a la reflexión filosófica y científica, a la evaluación de las ideas» (2003: 18).

Al hacer la historia de la conversación en la Europa moderna, la historiografía actual perteneciente con frecuencia al ámbito inglés y francés, ha destacado con un olvido casi completo de la casuística hispánica la influencia de la Italia renacentista, de la Francia del *grand siècle* y de la Gran Bretaña dieciochesca, como resume Peter Burke al recordar la trayectoria de los manuales de buenas maneras y de cortesía que aparecen en tres regiones: «Italia, Francia y Gran Bretaña y lo hace en los siglos XVI, XVII y XVIII, respectivamente» (1996: 124). La escasa atención hacia los textos españoles no se justifica, ya que forman parte de la misma trayectoria, iniciada de manera casi monográfica en fecha temprana por Damasio de Frías en su *Diálogo de la discreción*, del cual se conserva un manuscrito firmado en agosto de 1579, estrictamente coetáneo de *La civil conversazione* por tanto, donde el dialoguista vallisoletano establece el modelo de la «conversación discreta» como variante de la tradición conversacional italiana.

Aunque resulta más que improbable que Damasio de Frías hubiese llegado a conocer a Guazzo, se percibe en su diálogo la influencia explícita en los consejos sobre el arte de conversar relacionados con los dos manuales italianos que, con anterioridad a *La civil conversazione*, habían ejercido una influencia decisiva en la cultura europea, especialmente *Il cortegiano* (1528) de Castiglione y también *Il Galateo* (1558) de Giovanni della Casa. De ambos, existían traducciones al español, la primera de Domingo Becerra en 1582 y con el título de *Galateo*

español la más conocida de 1593 debida a Lucas Gracián Dantisco, mientras que la de *El cortesano* que hizo Boscán, editada en 1539 y reeditada hasta 1588 nada menos que en trece ocasiones, ocupa un lugar destacado en la enorme difusión que alcanzó el diálogo de Castiglione convertido en un auténtico *best-seller* europeo tanto por el número de reediciones en italiano, como por las traducciones a otras lenguas (Burke 1998).

El *Diálogo de la discreción*, a su vez, sobresale entre los diálogos españoles del siglo XVI por su propuesta sobre el arte de conversar intermedia entre el ideal cortesano de Castiglione y el formulado con posterioridad de manera más defensiva por Baltasar Gracián. Antes que en la gracia o *sprezzatura* de Castiglione, hizo hincapié el jesuita aragonés en la prudencia, emparentada con la discreción como he estudiado al comparar la trayectoria de sus respectivos modelos de comportamiento dentro de la evolución de la tratadística del *savoir-vivre* durante el Antiguo Régimen (Gómez 2007; 2015: 41-64). Claro que en el ámbito hispánico existe un proceso histórico alternativo que, aun dependiendo del modelo italiano, presenta una perspectiva más crítica o más negativa sobre la civilidad. Sin embargo, lógicamente adaptada a las necesidades de los nuevos tiempos y a las peculiaridades culturales de cada sociedad, pertenece la tradición hispánica al mismo proceso civilizador que se percibe en *La civil conversazione*.

Dentro de la trayectoria esbozada, el arte de conversar constituye un aspecto de la sociabilidad acrecentado también en la cultura española dieciochesca cuyo balance ofrece Joaquín Álvarez de Barrientos en su panorama de 2006 *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII*, cuando se refiere a la creciente importancia de la opinión pública que se manifiesta en las numerosas tertulias de la época, más o menos alejadas de los círculos de poder, en relación directa con el progresivo desarrollo de la prensa periódica. La multitud de tertulias madrileñas, aunque incluye entre ellas algunas academias muy conocidas como la de la Fonda de San Sebastián y la Academia del Buen Gusto, da cuenta de la vitalidad de esta costumbre dependiente de la necesidad social de la conversación con una paulatina incorporación de las mujeres a dichas reuniones⁶.

El nuevo significado dieciochesco que alcanzó la conversación deriva de los manuales sobre cortesía y buenas maneras en la serie de obras renacentistas

⁶ Carmen Martín Gaité se refiere a la costumbre de la conversación unida al cortejo porque: «Las mujeres tenían derecho a un esparcimiento, a un intercambio de ideas» (1981: 69), si bien recoge testimonios que acusan de insustanciales a las conversaciones femeninas. Cuando Cadalso alude a las tertulias: «así se llaman cierto número de personas que concurren con frecuencia a una conversación», recuerda al ama de casa que acogía una de ellas: «porque has de saber que los amos no hacen papel en ellas», mientras que en otra carta ironiza sobre una tertulia con predominio femenino a la que acude para «que me quite la melancolía y distraiga de cosas serias y pesadas» (2006: 100, 185).

desde *Il cortegiano* a *Il Galateo*, sin olvidarnos de *La civil conversazione* aunque fuera la menos difundida de las tres, al menos en España. La utilidad del arte de conversar se manifestaba en la socialización del saber por la capacidad divulgativa en el debate sobre las diferentes opiniones expresadas por los interlocutores y como modo de entretenimiento por su relación con la civilidad, ya que si bien: «la conversación no era algo nuevo ni exclusivo del siglo XVIII; lo nuevo fue el uso más público y difusor que se hizo de ella y su relevancia como instrumento civilizador y punto de encuentro de los literatos»⁷. Por su parte, Álvarez Barrientos afirma también que existe un cambio de rumbo en los modelos conversacionales desde los manuales cortesanos predominantes hasta el siglo XVIII, italianos y franceses, a los ingleses que se definen por un carácter aburguesado cuya influencia percibe en el *Arte de agradar en la conversación* (1787) de José Díaz de Benjumea, aunque menciona otros manuales anteriores como el *Arte de bien hablar* (1759) de M. Prévost, traducido por el hijo de Francisco Mariano Nipho, y el *Arte de hablar, o sea Retórica de las conversaciones* que, desde 1729, cuando lo compuso Ignacio de Luzán, ha permanecido inédito hasta el pasado siglo⁸.

Aunque no sea una novedad en el siglo XVIII el interés monográfico por la conversación, sí lo es la frecuencia con la que aparece ahora utilizado el vocablo en el título genérico de una obra literaria, que suele presentar unas determinadas características con respecto al género dialogado al que, por cierto, pertenece tanto *La civil conversazione* de Guazzo como *Il cortegiano* de Castiglione. Así, la específica retórica conversacional insiste menos en el didactismo del diálogo, que en la afabilidad de trato entre los interlocutores ya que «On ne sera pas jugé sur la technique et les résultats, mais sur le degré d'art et d'esprit qu'on aura déployés» (Fumaroli 1986: 127). El espíritu al que alude Fumaroli se basa en la ausencia de una codificación rígida en la modalidad conversacional, bien diferenciada de los preceptos de la vieja retórica encaminada más bien hacia la persuasión.

En su dieciochesca *Retórica de las conversaciones*, Luzán destaca la oralidad del arte de hablar que propone frente a la retórica moderna que hereda de la tradición grecolatina sus técnicas para «enseñar a componer sermones y panegíricos para el púlpito; oraciones, discursos y otras cosas semejantes para las academias y para otras ocasiones; en una palabra, enseñan a hablar bien, después de haber escrito bien y decorado lo que se ha de hablar» (1991: 73). En cambio, subraya

⁷ Álvarez Barrientos menciona asimismo que *La civil conversazione* «fue traducida al español, aunque permaneció inédita, por José Gerardo de Hervás» (2006: 119-120).

⁸ Se refiere también Álvarez Barrientos a la abundancia de obras dieciochescas que llevan por título genérico no solo «diálogo» o «coloquio», sino «conversación», entre las que cita las *Conversaciones sobre el «Diálogo de los literatos de España»* (1737) de Gregorio Mayans publicadas con el pseudónimo de Plácido Veronio, las *Conversaciones de Laurisio Trasiense* y las *Conversaciones familiares entre «El Censor», «El Apologista Universal» y un doctor en leyes* (1787) de Forner (Álvarez Barrientos 2006: 118-123).

el escritor neoclásico que sus consejos no están dirigidos al discurso público, pronunciado después de haber sido memorizado o «decorado» por el orador, sino al ámbito coloquial del habla improvisada durante el intercambio conversacional. De alguna manera, esta diferencia de propósito se percibe en *La civil conversazione*, cuyos tres primeros libros reflexionan sobre la conversación teóricamente mediante el diálogo magistral de dos interlocutores que desempeñan el papel de maestro: Annibale, o Aníbal en la traducción; y de discípulo: «il cavalier Guglielmo», denominado Cavaliere o, en la traducción, Caballero. En cambio, el cuarto y último reproduce la práctica conversacional ocurrida durante un banquete en el que intervienen diez comensales.

Después de un breve proemio en tercera persona donde el narrador como trasunto autobiográfico del dialoguista presenta a los dos interlocutores principales antes de introducir el diálogo directo entre ambos: el sabio médico Aníbal Magnocavalli y el hermano menor de Guazzo, Guglielmo o Guillermo, identificado en las interlocuciones como el Caballero, queda justificada la escritura del diálogo por el interés de conservar para la posteridad los «discretos discursos» que el propio hermano le refiere al narrador y dialoguista «por las noches en su cuarto» (f. 2v). El motivo para iniciar el intercambio dialógico entre Aníbal y el Caballero es la enfermedad melancólica de este último, que le ha llevado a preferir la soledad. El médico, asumiendo la función magistral del diálogo, se propone curar al discípulo mediante la conversación, ya que, si bien al inicio de la misma el Caballero defiende los atractivos de la vida solitaria, finalmente reconoce que los razonamientos de Aníbal le han convencido de su antiguo error, eliminando la oscuridad en que las «tinieblas» (f. 29) melancólicas habían sumido a su ánimo.

Los efectos terapéuticos de la conversación se alcanzan a través del intercambio dialógico donde el maestro adquiere gracias a sus *ragionamenti* o discursos, en ocasiones muy extensos, una autoridad creciente sobre el discípulo, quien, según es habitual en la poética dialógica, y de acuerdo con el didactismo predominante en el género dialogado, será el encargado de proponer el tema principal como lo hace el hermano de Guazzo, en efecto, cuando le pide al médico: «ruégoos que en estos tres días [...] tengáis a bien el exponerme todo lo que pertenece al hecho de la conversación» (f. 33). Desde este mismo momento, el Caballero asume la función de interrogar al médico para que este pueda exponer de manera teórica, a lo largo de los tres primeros libros en que se subdivide *La civil conversazione* durante otros tantos días consecutivos, los principios del arte de conversar⁹.

⁹ Cuando hay marcas temporales, tiende a coincidir con un día el proceso del diálogo o de cada una de las subdivisiones del mismo, de acuerdo con la poética dialógica bien establecida desde la época renacentista, como he estudiado en *El diálogo en el Renacimiento español* y *El diálogo renacentista* (Gómez 1988: 37-43; 2000: 13-35).

En el cuarto libro correspondiente al último día, Aníbal ejemplifica en la práctica sus ventajas narrando la conversación mantenida por diez cortesanos —cuatro damas y seis caballeros—, reunidos en un banquete que preside el duque Vespasiano Gonzaga. Como resume el Caballero tras haber oído el relato del convite puesto en boca del médico: «Ahora conozco yo que no estaban completos nuestros discursos en los tres días antecedentes, si no se hubiese añadido este de hoy. Porque a la manera que las otras materias contienen en sí las reglas y preceptos de la conversación, así también esta de ahora, practicando una buena parte de las otras, me ha representado la verdadera forma de la misma conversación» (f. 235v). Los preceptos conversacionales que Aníbal le había explicado teóricamente a lo largo de los tres días precedentes, son ilustrados ahora con viveza en la conversación mantenida por la decena de comensales.

En la última parte del diálogo, el modelo didáctico de los tres primeros libros se transforma en un modelo conversacional diferenciado tanto por el continuo humor ingenioso que exhiben la damas y caballeros en el banquete, como por la intención predominante de divertirse, para lo cual eligen a una de las cuatro damas como reina que debe organizar los turnos de «la verdadera forma» de la conversación donde se suceden los diferentes temas y juegos en los que se intercalan dichos ingeniosos, pullas y *dubbi*, relatos de anécdotas y poemas mientras disfrutaban los invitados de un ambiente festivo. La pluralidad de interlocutores, junto con la variedad convivial, confieren a esta parte de conversación un aire de divertimento más acentuado en contraste con el tono pedagógico precedente entre el Caballero y Aníbal, según el modelo predominante en el género del diálogo literario que suele estar limitado a dos interlocutores: uno que pregunta asumiendo el papel de discípulo, como hace Guillermo, y otro que asume la función magistral para solucionar sus dudas y adoctrinarle, que es el papel desempeñado por el médico en este caso¹⁰.

Dentro también de las diferentes modalidades del género dialógico, el libro cuarto de *La civil conversazione* deriva de la tradición simposiaca grecolatina (Platón, Jenofonte, Plutarco, Luciano, Ateneo, Macrobio) revitalizada por los humanistas italianos y también por Erasmo en sus *convivia*. Entre los diálogos españoles de los siglos XVI y XVII, son pocos los que se desarrollan durante un banquete como ocurre en los de Vives, Mejía y Mercado, además de en los festivos *Diálogos de apacible entretenimiento* (1605) de Gaspar Lucas Hidalgo¹¹. Por lo tanto, el diálogo básico de dos interlocutores, en el caso de Aníbal y el

¹⁰ «El diálogo renacentista se ocupa, más que de establecer verdades, de divulgarlas; de ahí que su esquema básico suele ser el de un maestro que enseña al discípulo, por lo que se impone la voz de uno de los interlocutores como portavoz privilegiado del autor» (Gómez 2000: 24).

¹¹ Jesús Gallego Montero ha estudiado la tradición simposiaca que llega hasta Lucas Hidalgo (2010: 21-40).

Caballero, establece una pedagogía de la conversación que sirve para introducir el marco convivial con el que Guazzo «representa», como se dice utilizando una terminología casi teatral, la sociabilidad de la conversación en un ambiente cortesano. El diálogo magistral o pedagógico sobre el arte de conversar da paso a la puesta en escena de una verdadera conversación.

1.2. DEL DIÁLOGO A LA CONVERSACIÓN

A diferencia del cultismo «diálogo», de origen griego, cuya etimología significa ‘a través de la palabra’, y de su equivalente latino «coloquio» (lat. *colloqui* ‘conversar’), el significado etimológico de conversación (lat. *conversatio*) no alude originalmente a un intercambio verbal, ya que hasta bien entrado el siglo XVI el vocablo mantuvo asociada la idea de intimidad o de convivencia más o menos amistosa, según la segunda acepción recogida por el *Diccionario de Autoridades*: «Vale también trato, comunicación y comercio recíproco y familiar de unos con otros entre sí», con la cual se relaciona la tercera: «Se toma también por trato y comunicación ilícita, o amancebamiento» (s.v. «conversación»), que posee un inequívoco contenido sexual bien documentado en español clásico. Por ejemplo, en la anónima continuación celestinesca titulada *Tragicomedia de Polidoro y Casandrina*, conservada en un manuscrito de la Real Biblioteca, cuando el criado del protagonista habla de las artes celestinescas de Corneja, quien al envejecer se vio obligada a cambiar su oficio de prostituta por el de tercera, «vio que no era buena para cambio y hízose corredora por llevar adelante su putescas conversación»¹².

El mismo fenómeno se documenta en otras lenguas vernáculas que mantiene la acepción clásica del latinismo *conversatio*, como la italiana, donde *conversazione* «podía designar una reunión o una asamblea» (Burke 1996: 122). En francés también se documenta hasta el siglo XVI la misma acepción¹³. Sin embargo, si recurrimos de nuevo al diccionario académico dieciochesco, comprobamos que se había desarrollado paralelamente otra acepción del vocablo, recogida en

¹² *Tragicomedia de Polidoro y Casandrina* (Ms II-1591, Real Biblioteca), Acto II, 5. El mismo significado de *conversación* ‘trato carnal’ o ‘amancebamiento’ aparece en el *Lazarillo de Tormes* (1554) cuando el narrador afirma de la relación de su madre con el caballero negro: «continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito» (2011: 8 nota), donde el editor remite, entre otros testimonios, a la tragicomedia de Rojas, cuando Calisto se refiere al juego de manos con su amada Melibea como «la noble conversación de tus delicados miembros», mientras que ella le había reprochado su «conversación incomfortable» por el mismo motivo (*La Celestina*, 2000: 321-322).

¹³ Como afirma Christoph Strosetzki: «Le sens ancien ‘vivre ordinairement avec quelqu’un’, était prédominant au XVI^e siècle» (1984: 22).

primer lugar, que es la predominante en la actualidad: «Plática, razonamiento y discurso familiar entre dos o más personas, ya sea por diversión, o por cualquier otro motivo y ocasión» (*Autoridades*, s.v. «conversación»). De esta acepción, se pueden entresacar las notas características de la conversación definida por su oralidad como «plática» y por su carácter entretenido o divertido que, como en el caso del convite presidido por el noble Vespasiano Gonzaga, está ligado a la idea original de un trato íntimo o amistoso entre los interlocutores.

En la teoría contemporánea, se distinguen por su oralidad los llamados «géneros discursivos primarios» como la conversación, de los géneros «secundarios» como el diálogo que se realizan textualmente de acuerdo con unas determinadas convenciones cuyo origen literario, en el caso del género dialogado, se remontan por lo menos hasta los diálogos platónicos (Mignolo 1987: 3-26)¹⁴. Desde su origen en la Antigüedad grecolatina (Platón, Cicerón, Luciano), el diálogo pertenece a una tradición genérica que en función de sus diferentes variantes literarias se relaciona con la mimesis conversacional en cuanto recrea por escrito algunos rasgos pertenecientes a la «heterogeneidad locutiva» del lenguaje hablado. Obviamente, la diferenciación propuesta entre las modalidades comunicativas orales o escritas, asociadas a la conversación o al diálogo respectivamente, no invalida la posibilidad de encontrar rasgos comunes, ya que también la conversación aparece recreada literariamente, como ocurre en el libro cuarto, que Guazzo plantea como el relato de una conversación acaecida originalmente en presencia de Vespasiano Gonzaga.

Al mismo tiempo, no se puede identificar exclusivamente la trayectoria de la conversación con la del diálogo, o viceversa. Proviene de tradiciones diferentes aun cuando en algunos manuales actuales tiendan a confundirse de manera inevitable, como hace Emmanuel Godo al establecer, llevado de un propósito quizá en exceso ambicioso y generalizador, una relación causal entre la trayectoria del arte de conversar en la Italia renacentista (Castiglione, Della Casa, Guazzo) y el redescubrimiento del género dialogado, ya que «La conversation renaissance se modèle en référence aux dialogues antiques» (Godo 2003: 15). Sin embargo, la poética del diálogo estaba bien establecida cuando aparecen por escrito algunas modalidades conversacionales que, sobre todo, ofrecen una apariencia de mayor familiaridad en el diálogo con un tono más distendido y amistoso.

Desde el Renacimiento, además, se detecta un desarrollo autónomo del arte de conversar expresado con frecuencia en diálogos (*Il cortegiano*, *La civil*

¹⁴ También la noción de «heterogeneidad locutiva» es útil para caracterizar la conversación frente al diálogo literario: «dans le premier cas d'hétérogénéité locutive: les instances de discours ne sont pas identiques, (il y a deux locuteurs ou scripteurs); et, dans le second cas, d'homogénéité locutive: il y a une instance singulière, associée à un nom propre ou à une instance juridiquement responsable, un "auteur"» (Cossutta 2004: 30-31).

conversazione), si bien los consejos sobre la sociabilidad conversacional pueden transmitirse en otras modalidades de escritura, como el tratado o la epístola en el caso de *Il Galateo*. Della Casa presenta su tratado en la forma epistolar de un viejo, trasunto del mismo autor, que se dirige a un muchacho pariente suyo, según la traducción española de Gracián Dantisco: «un hermano suyo, avisándole lo que deve hazer, y de lo que se deve guardar en la común conversación» (1968: 105)¹⁵.

Sin embargo, existe un acercamiento en la trayectoria desde el diálogo hacia la conversación. Mientras que en la época de esplendor del género dialogado en los siglos XVI y XVII, predominaba en el título de las obras pertenecientes a este género literario la palabra «diálogo», o bien la denominación alternativa de «coloquio», indicativa también de la misma filiación genérica, es mucho más frecuente que a lo largo del siglo XVIII aparezca «conversación», como ocurre en las conversaciones ya citadas de G. Mayans (*Conversaciones sobre «El Diario de los literatos de España»*, 1737) y Forner (*Conversaciones familiares*, 1787), a las que se podría añadir con facilidad otros ejemplos, como las *Conversaciones de Ulloa con sus tres hijos* (1795) de Antonio de Ulloa, las anónimas *Conversaciones de Perico y María* (1788) atribuidas a Pedro Mariano Ruiz, las *Conversaciones sobre la escultura* (1786) de Arce y Cacho, *El Philotheo en conversaciones del tiempo* (1776) de Rodríguez Suárez y el *Dialogo o conversación entre un forastero y un cortesano* (1760) de Francisco Mariano Nipho.

Resulta significativo que, como ocurre en la última obra, se utilicen como sinónimos en su título ambos vocablos, a pesar de que originalmente poseían acepciones diferenciadas. Al comparar este diálogo dieciochesco de Nipho con otro diálogo renacentista de similar temática por describir ambos ceremonias públicas sobre miembros de la realeza —en el caso de Nipho, la entrada real de Carlos III; y en el del anónimo renacentista, las exequias por la muerte de la primera esposa de Felipe II—, he podido concluir que, si bien persiste la distribución de papeles dialógicos entre maestro y discípulo, en el diálogo dieciochesco se atenúa la jerarquía didáctica entre los dos interlocutores (Gómez 2017: 267-286). Aunque el forastero de Nipho asume el papel de discípulo que recibe la información del cortesano sobre los preparativos para la entrada real, personifica la defensa de los valores ilustrados de la civilidad extendida fuera de la corte que, de acuerdo con la propuesta de Craveri, se manifiesta precisamente a través de la cultura de la conversación hasta conformar un nuevo público propicio para recibir el ideario ilustrado: «Lo cierto es que con el advenimiento

¹⁵ Conversación tiene también aquí el significado más general de ‘trato, comunicación y comercio recíproco’ recogido por *Autoridades* (s.v.), como anota Morreale en el glosario que acompaña su edición.

de la Ilustración, la naturaleza misma de la reflexión sobre la conversación cambió de signo: ya no concernía solamente a las preocupaciones estéticas de una élite de privilegiados, sino que se ocupaba de los problemas fundamentales de la nueva sociedad» (2003: 425). Desde el punto de vista genérico del diálogo, la relación menos jerarquizada que asumen ambos interlocutores en el *Diálogo o conversación* de Nipho se corresponde con uno de los rasgos distintivos del arte de conversar en el que se acentúa la sociabilidad de quienes intercambian opiniones e ideas. No es extraño, por tanto, que el reformismo dieciochesco manifieste un renovado interés por la manera conversacional de transmitir el nuevo ideario.

Tras el advenimiento de la Ilustración, como sugiere Craveri, los escritores pudieron inspirarse en el modelo conversacional y, por lo tanto, en *La civil conversazione* para propagar sus ideas no solo en «la verdadera forma» del libro cuarto, sino en los consejos de los tres libros precedentes sobre el arte de conversar, cuyos efectos terapéuticos le sirven al médico para curar al melancólico y solitario Caballero haciendo de él un animal sociable, de acuerdo con la imagen aristotélica de la *Política* (1253a). Tanto la sociabilidad intrínsecamente humana como el didactismo que justifica la utilidad de la conversación se adecuaban perfectamente al nuevo ideal ilustrado, lo que explica el interés del traductor dieciochesco por esta obra habiendo pasado más de un siglo de su composición¹⁶. No obstante, alaba la actualidad de la doctrina, así como su utilidad para la sociedad civil de sus contemporáneos por la naturalidad e intemporalidad de sus preceptos sobre la conversación.

1.3. LA CIVILIDAD DE LA CONVERSACIÓN

Entre los consejos que ofrece Castiglione en *Il cortegiano*, el diálogo que se había difundido por toda Europa desde la época renacentista hasta el siglo XVIII, señala la utilidad de saber conversar para mantener las inevitables relaciones sociales como afirma Federico Fregoso, uno de los interlocutores cuando aconseja al cortesano, según la traducción de Boscán, «que sepa asentar bien el proceso de su vida y aprovecharse de sus buenas calidades, generalmente en la conversación con aquellos que tratare, y esto hágalo con tal arte que no mueva contra sí invidia ni mala voluntad en nadie, lo cual es difícil, que hasta aquí muy pocos hemos visto salir con ello» (1994 II 7: 216-217)¹⁷.

¹⁶ El mismo traductor se asombra, según afirma al comienzo del Prólogo, porque «después de un largo siglo que ha que el Guazzo falleció en Italia, resucitase ahora en España» (f. ii).

¹⁷ Se refiere también Castiglione a la conversación de las damas (III, 5-6).

En el pasaje anterior el vocablo «conversación» utilizado por Boscán mantiene todavía el significado general de ‘trato’ puesto que Fregoso incluye en el campo semántico de sus actividades la manera de hablar del cortesano, pero también sus acciones como los ejercicios corporales recomendados en bailes, danzas, torneos, momerías o en tocar la vihuela. Poco después, sin embargo, alude a la manera de hablar del cortesano con «un gentil y gracioso trato en la conversación familiar con todos» (II, 17), donde aconseja sobre las conversaciones con el príncipe (II, 18-24) y con los otros cortesanos (II, 25), además de recomendar la introducción de facecias (II, 42-100) para hacer más amena su conversación. Queda claro, por tanto, que el arte de conversar ocupa un lugar central en la cultura cortesana del *gentiluomo* gracias a su utilidad para granjearse no solo la voluntad del gobernante, sino de los demás miembros de la corte.

Sin embargo, más allá de la recreación por Castiglione del ambiente cortesano en su diálogo o bien del convite que preside Vespasiano Gonzaga en el libro cuarto de *La civil conversazione*, la conversación de Guazzo alcanza una dimensión general para toda la sociedad comprendida en el adjetivo «civil», explícito desde su título. Como explica el propio Aníbal con toda claridad, no proviene el adjetivo exclusivamente del ámbito ciudadano (lat. *civis*), sino de la educación de las buenas maneras, ya que «el vivir el hombre civilmente, en ninguna manera depende de las leyes *civites* o de cada ciudad, sino de la cualidad de los espíritus» (f. 34). Pasaje que subraya la dimensión espiritual como cualidad del ánimo que posee la civilidad, sin identificarla exclusivamente con un determinado estatus o procedencia social.

Aunque la civilidad remite entre los nuevos valores ilustrados a las buenas costumbres relacionadas con el progreso de la civilización, el adjetivo «civil» había adquirido previamente en español una acepción alejada de su origen latino, como recuerda *Autoridades* al recoger la tercera acepción del vocablo: «En su recto significado vale sociable, urbano, cortés, político y de prendas propias de ciudadano», al recoger otro uso más extendido: «solamente se dice del que es desestimable, mezquino, ruin y de baxa condición y proceder» (s.v. «civil»). El cambio semántico de «civil», estudiado por Pedro Álvarez de Miranda en su monografía sobre el léxico de la Ilustración temprana, proviene de la estimación negativa del habitante de la ciudad frente al caballero noble conservada todavía como herencia del español medieval y clásico frente a los nuevos valores ilustrados (Álvarez de Miranda 1992: 402-403).

La misma suerte de «civil» con el significado peyorativo de ‘ruin’ habría sufrido «civilidad», puesto que todavía conservaba durante el siglo xviii, junto con el significado de «Sociabilidad, urbanidad, policía», la acepción recogida por *Autoridades* en segundo lugar: «Vale también miseria, mezquindad, ruindad» (s.v. «civilidad»), como herencia de otros tiempos. Resulta significativo para la

difusión de la nueva mentalidad ilustrada que las acepciones negativas de civil y civilidad quedaran relegadas durante el siglo XVIII, asociándose al campo semántico de las buenas costumbres como la traducción dieciochesca de *La civil conversazione* atestigua mejor, sin duda, que ninguna otra obra de la época.

La importancia social que, según Guazzo, adquiere la civilidad contribuyó en su traducción dieciochesca al redescubrimiento de unos ciertos valores ilustrados contenidos en la escritura de *La civil conversazione*, relacionándolos con la civilización de las costumbres difundida gracias a la conversación. Esta, como el diálogo, se caracterizaba por su propósito didáctico al favorecer la transmisión del conocimiento y la comunicación: «para enseñar, preguntar, conferenciar, negociar, corregir, aconsejar, disputar, juzgar y finalmente para dar a luz todos los conceptos de nuestra alma» (f. 20v). También por su intencionalidad pedagógica, característica del siglo XVIII. Después de haber focalizado el interés del diálogo sobre la «conversación civil» como remedio para la soledad del melancólico Caballero, le explica Aníbal en el primero de los cuatro libros los diversos vicios que se deben evitar en las conversaciones, entre los cuales diferencia varias categorías de errores como los que comente quienes blasfeman («bestemmiatori»), los murmuradores maldicientes («maldicenti»), los lisonjeros o aduladores, los impugnadores contenciosos («contenziosi») que siempre llevan la contraria y los mentirosos o «bugiardi». Todos ellos se apartan del modelo conversacional propuesto.

Aunque los dos interlocutores de *La civil conversazione* toman como referencia el uso de la corte, la intención del médico Aníbal, como portavoz privilegiado de las opiniones de Guazzo, es la de establecer una casuística de alcance mucho más general. En su clasificación teórica, no tiene en cuenta específicamente el ámbito cortesano puesto que, si dedica el libro tercero a la conversación doméstica en general, el segundo versa sobre la manera de hablar fuera de casa¹⁸. La civilidad de la conversación mejora las costumbres y hace más virtuosos a los ciudadanos en el conjunto de la sociedad al favorecer la frecuentación de unos con otros: «para que frecuentando aprendamos las buenas costumbres y virtudes» (f. 67). El perfeccionamiento humano que propicia la conversación se puede entender asimismo desde el reformismo iluminista no limitado a la corte.

Además, el modelo conversacional propuesto implica una completa filosofía moral que proviene de la vía clasicista y horaciana del justo medio, «que nos enseñe a observar el medio entre dos extremos» (f. 64). La «via mezana», como se denomina en el original italiano, se define desde el mismo principio del libro

¹⁸ La diferencia espacial se establece según la conversación se desarrolle «fuera o dentro de nuestra habitación» (f. 65), como traduce el pasaje italiano original: «o fuori del proprio albergo o dentro», en referencia al espacio habitacional del interlocutor.

segundo sobre la manera de hablar fuera de casa en oposición al vicio correspondiente, tanto por exceso como por defecto. Aunque Guazzo se orienta por los preceptos de la antigua retórica, al teorizar sobre el arte de conversar Aníbal no aduce pormenores excesivos sobre la *actio* de quienes hablan o escuchan, como sí hace Della Casa en *Il Galateo*, sino que establece como norma genérica para evitar sus excesos el ideal de «modestia y templanza» (f. 71v) tanto de habla como de los movimientos del rostro.

Existe, sin embargo, un componente enciclopédico de carácter filosófico a lo largo de *La civil conversazione* subrayado en las anotaciones marginales incluidas al final del libro, en la «Tavola delle postille al margine»¹⁹. Se anotan en ella sentencias y dichos, fábulas y *exempla*, así como las referencias a diferentes autoridades que, de acuerdo con el hábito clasicista de la reescritura y de la cita, sirven para destacar diversas cuestiones temáticas relevantes como la tipología general sobre los tipos de conversación dependiendo de la variedad de condiciones de los respectivos interlocutores tanto fuera de casa entre hombres y mujeres, nobles y plebeyos, ciudadanos y forasteros, jóvenes y viejos, príncipes y privados; como en el ámbito doméstico entre marido y mujer, padre e hijo, entre hermanos o entre amo y criado.

En el índice de la misma tabla se recogen también excursos de temática diversa no relacionados directamente con el arte de conversar: sobre el amor y la amistad, la belleza, las costumbres de diferentes países y regiones, el matrimonio, la disputa *de nobilitate*, las críticas sobre los cortesanos, el ocio, la vida solitaria y las leyes, entre otras muchas cuestiones anotadas y recogidas con voluntad enciclopédica sobre «otras distintas materias, forasteras del blanco principal»²⁰. Un enciclopedismo de signo también reformista que se asocia a la cultura de la conversación por su civilidad para fortalecer los vínculos sociales en la comunidad ciudadana.

Aunque al final del libro segundo se menciona el convite presidido por Vespasiano Gonzaga, Aníbal pospone su relato al último día para mantener el orden establecido y dedicar el libro tercero a la «conversación doméstica» (f. 125v). Pertenece esta modalidad conversacional al ámbito de las relaciones familiares que, como precisa el Caballero, se relaciona con la económica, aun cuando deriva también de la ética según la tradicional división aristotélica de la filosofía

¹⁹ En el código citado de la Biblioteca Nacional de España, lleva por título «Tabla alfabética de las cosas más memorables contenidas en los cuatro libros de la Conversación civil de Esteban Guazzo» (ff. 237 y ss.).

²⁰ Comenta el traductor en el Prólogo (f. iiiv) sobre el enciclopedismo del diálogo: «en él solo se encuentra recopilado y recogido lo que está esparcido por muchos, cuyo número y volumen o quita la gana de registrarlos o hace escabrosa la lectura, interpolada asimismo de otras distintas materias, forasteras del blanco principal que es la conversación civil».

moral: «Esta conversación, a lo que veo, pertenece a la económica, y por eso juzgaba yo que debíais colocarla en el orden de las cosas y acciones que tocan a la ética y moral» (f. 127v). La familia es el núcleo de la ciudad que se gobierna igual que organiza su casa el padre de familia, de tal modo que hay una dependencia proporcional entre la política ciudadana y la economía doméstica, como señalan José Martínez Millán y Carlos J. de Carlos Morales al referirse a la crisis dieciochesca del modelo cortesano establecido en los manuales de comportamiento que, desde fines de la Edad Media, se habían basado en un pensamiento clasicista moderado y jerárquico²¹.

El viejo modelo cortesano, por tanto, sustenta en el fondo la organización moral del arte de conversar propuesta por Guazzo cuando privilegia las normas de comportamiento basadas en la «via mezana» del justo medio, por ejemplo, al elegir una esposa que no sea demasiado pobre ni demasiado rica, o bien excesivamente bella o fea. A lo largo del libro tercero, permanece incontestable la *auctoritas* del padre de familia, tanto para la esposa que debe obedecerle, como para los hijos del matrimonio cuya educación virtuosa y católica se tutela bajo la supervisión paterna con un amor siempre moderado y atento a corregir sus posibles defectos. Basada en la analógica concepción de la corte como familia del príncipe, la economía política que sustenta *La civil conversazione* presupone un saber moral para la civilidad extensivo al conjunto del sistema de relaciones sociales y políticas en el que la conversación se constituye como centro neurálgico desde el cual articular la convivencia y también el progreso de la civilización porque «es el conversar la verdadera medicina» (f. 187v), como concluye al final del tercer libro el Caballero, curado de su melancolía, antes de oír en el libro cuarto y último el relato del convite presidido por el noble Vespasiano Gonzaga.

Por añadidura, el sistema de corte se inscribe en la *institutio* de una serie de valores clasicistas todavía vigentes cuando Guazzo publica su arte de conversar dentro del contexto de la filosofía moral aristotélica asociada a la concepción del hombre como «animal sociable para que por medio de la conversación pueda ayudar y ser ayudado» (f. 84)²². Se mantuvo vigente el mismo sistema hasta el siglo XVIII, aun cuando experimentó cambios que explican las cautelas del traductor español por haber traducido *La civil conversazione* más de un siglo

²¹ «En esta tradición de pensamiento, la *economica* indica al padre de familia la norma para la realización de la justicia y de la prudencia en la esfera doméstica [...]. La literatura sobre el tema expone un comportamiento ético impregnado en la moderación y en el equilibrio; es decir, en la *virtú*. De este modo, la *economica* se traduce en eficacia al mismo tiempo que se constituye en vehículo de una ideología fuertemente jerárquica e inmóvil» (2011: 297).

²² En referencia a la modernidad de la ética humanista, afirma Amedeo Quondam: «Una letteratura centrata sulla conversazione come pratica di una socialità riservata e distinta secondo differenze e circostanze, sempre governate della convenienza» (2010: 54).

después: «causaría notable extrañeza en el mundo racional, el que después de un largo siglo que ha que el Guazzo falleció en Italia, resucitase ahora en España en donde son pocos los que de su nombre tienen noticia» (f. ii). Son lógicas las precauciones que manifiesta en el Prólogo porque la traducción dieciochesca resitúa la lectura del original en un nuevo contexto que, por la distancia cronológica entre el texto del traductor y el original italiano, transforma su recepción más allá de las diferencias entre las respectivas lenguas y culturas.

En los estudios modernos sobre traducción se ha revisado la creencia en el carácter único e invariable explícito en la noción del original, compuesto en este caso por Guazzo. A diferencia del conocido adagio *traduttore traditore* en cuanto implica la desvaloración del trabajo siempre impreciso del traductor con respecto a la voluntad primigenia del autor, existe la tendencia actual a considerar la traducción por sí misma desde la relación intertextual establecida en pie de igualdad con el texto traducido y, finalmente, reescrito para adaptarlo a los nuevos tiempos y a los lectores de otras lenguas: «Los textos se abrevian, amplifican, glosan o censuran según las épocas y exigen un nuevo acomodo», ya que, como añade Joaquín Rubio Tovar: «La historia de la traducción explica por qué se traducen unas obras y otras no, cómo se traducen en distintas etapas, y nos ayudan a entender cómo se asimilan, explican o manipulan los textos» (2013: 113-114)²³.

La traducción dieciochesca que comentamos revalorizó el sentido de la sociabilidad acrecentado durante la centuria ilustrada por el creciente protagonismo del arte de conversar extendido más allá de los manuales sobre cortesía y buenas maneras como una retórica informal. El recurso a la traducción indirecta es también muy significativo del relevo ocurrido al transformarse el modelo italiano del *gentiluomo* en el francés del *honnête homme* que, a partir del siglo XVII, había alcanzado nueva importancia en el desarrollo del arte de conversar durante la siguiente centuria. Así pues, al salvar la distancia cronológica con el original, la traducción española, además de atestiguar el interés dieciochesco por la lectura de *La civil conversazione*, sirvió de puente desde la tardía civilidad renacentista a la Ilustración temprana.

²³ «La traducción, pues, participa de los procesos culturales y se inscribe en dos tiempos, sirve de puente entre el tiempo de la escritura y el tiempo de la recepción» (Ruiz Casanova 2018: 43).